

Envío del obispo de Cartagena en la Eucaristía del Encuentro Diocesano de Laicos

Queridos hermanos,

Hemos celebrado la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana, renovando nuestro compromiso con Cristo que nos llama a ser discípulos misioneros en el mundo.

Como laicos sois parte viva y esencial de la Iglesia, testigos del Evangelio en vuestras familias, en el trabajo y en la sociedad. El Señor os envía hoy con una misión: llevar su amor allí donde estéis; iluminar con su luz cada rincón de nuestra Diócesis; y ser fermento de comunión y de esperanza. No estamos solos en el camino, el Espíritu nos hace fuertes. Su Palabra nos guía, su Iglesia nos sostiene.

Antes de concluir esta celebración, invoquemos la bendición del Señor y pidámosle que renueve en nosotros la alegría de la fe y el ardor por anunciar el Evangelio con nuestra propia vida. Pongamos nuestro corazón en sus manos y abramos nuestra vida a su voluntad. Recibamos ahora esta oración de envío confiándonos a la intercesión de la santísima Virgen María, estrella de la evangelización, y de todos los santos.

Señor Jesús, que eres el centro de nuestra vida y de nuestra Iglesia, nos has llamado a ser luz en el mundo, a llevar tu Evangelio a nuestras familias, a nuestros amigos, a los pobres, a los enfermos, a los que buscan esperanza. Hoy, como comunidad reunida en tu nombre, queremos renovar nuestro compromiso bautismal, ser discípulos y misioneros, ser testigos de tu amor en cada rincón de nuestra Diócesis. Tú nos enseñas a vivir en comunión, a caminar juntos como Iglesia sinodal donde cada uno, con su vocación y carisma, tiene un lugar en la gran familia del pueblo de Dios.

Envía sobre nosotros tu santo Espíritu para que nos fortalezca en nuestra misión. Danos un corazón generoso para servir, unos labios dispuestos a proclamar tu Palabra, unas manos abiertas para acoger y acompañar, unos pies ágiles para ir al encuentro de nuestros hermanos. Señor, bendice a todos los laicos de nuestra Diócesis, a los catequistas que siembran tu palabra, a los voluntarios que cuidan de los más frágiles, a quienes con su trabajo diario santifican el mundo, a quienes desde el silencio y la oración sostienen nuestra Iglesia. Que en cada parroquia y en cada comunidad sepamos ser un reflejo de tu amor, una Iglesia cercana, compasiva y alegre, una Iglesia que pone a Cristo en el centro. María, Madre de la Iglesia, enséñanos a decir sí con valentía, como lo hiciste en Nazaret, y a caminar siempre con la confianza puesta en Dios.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.